Liberté • Égalité • Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

FRANCE

64ème Session de l'Assemblée Générale des Nations Unies

Discours de S.E. Monsieur Nicolas Sarkozy Président de la République française

New York, le 23 septembre 2009

(Vérifier au prononcé / Sous embargo jusqu'au prononcé)

* * *

64th Session of the United Nations General Assembly

Speech delivered by H.E. Mr. Nicolas Sarkozy President of the French Republic

New York, 23rd September 2009

(Check upon delivery / Under embargo until delivery)

* * *

64ª Asamblea General de las Naciones Unidas

Discurso del Señor Nicolas Sarkozy Presidente de la República Francesa

Nueva York, 23 de septiembre de 2009

(El discurso pronunciado es el unico valido)

MISSION PERMANENTE DE LA FRANCE AUPRES DES NATIONS UNIES
245 EAST 47TH STREET, NEW YORK, N. Y. 10017 TEL. (212) 308-5700

Señor Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas,
Señor Secretario General,
Señoras y Señores Jefes de Estado y de Gobierno,
Señoras y Señores los representantes de los Estados

Al tomar hoy la palabra ante ustedes en nombre de Francia, soy muy consciente de que en las circunstancias en las que nos encontramos, hacemos todos frente a una responsabilidad histórica.

En efecto, la presente 64ª Asamblea General de las Naciones Unidas reviste un significado extraordinario. En medio de una crisis financiera, económica, social sin precedentes desde que las Naciones Unidas existen, frente a la amenaza de una catástrofe ecológica planetaria, tenemos el deber de inventar un mundo nuevo en el que las locuras del pasado ya no serán posibles.

El mundo del mañana ya no podrá parecerse al de ayer.

Ahora sabemos todos hacia que catástrofes puede dirigirnos nuestra obstinación por intentar solucionar los problemas del siglo XXI con los instrumentos y las ideas del siglo XX.

A partir de ahora ya no podremos decir que no lo sabíamos.
Existe una toma de conciencia universal de que la vía que el mundo había emprendido desde hacía varios decenios no tenía salida.
Esta toma de conciencia se ha forjado en la pena, el sufrimiento y la angustia. Y de esta pena, de este sufrimiento, de esta angustia somos responsables políticamente, moralmente

A las decenas de millones de hombres y mujeres que han perdido su empleo, su hogar, sus ahorros, a los miles de millones de seres humanos que padecen de malnutrición, a los cientos de millones que no tienen acceso al agua, a la energía, a la atención médica, a la educación, a aquellos que temen por su futuro, por el de sus hijos, a aquellos que tienen la impresión de que hagan lo que hagan, cualesquiera que sean sus esfuerzos, los sacrificios que concedan, no podrán salir del aprieto,
a todos ellos debemos devolverles la esperanza

A aquellos que pagan por errores que no han cometido,
A aquellos que están indignados por los comportamientos de quienes, una vez que han llevado el mundo al borde del caos, siguen enriqueciéndose de forma indecente,
A aquellos que sospechan que mañana, si no se hace nada, serán las víctimas de catástrofes ecológicas y políticas que causarán el agotamiento de los recursos naturales y el calentamiento atmosférico.
A aquellos que siguen muriendo en guerras absurdas de otra época, cuando la humanidad debe superar tantos desafíos,
A aquellos cuya vida es cada vez más dura y tienen la sensación de que se les ha mentido durante mucho tiempo sobre el estado real del mundo,
A todos ellos les debemos una respuesta.

Al sufrimiento, a la angustia, a la indignación, les debemos una respuesta.

Esta respuesta no puede ser que todo seguirá como antes.
Esta respuesta no puede ser que todo va a comenzar de nuevo y que nosotros vamos a permitirlo.

Después de lo que hemos vivido desde hace un año,
Después de haber estado tan cerca del derrumbe de toda la economía mundial,
Después de esa oposición contra nos costumbres de pensamiento, nuestras certitudes, nuestros prejuicios, la misión que nos incumbe equivale en importancia a la que cumplieron, tras la guerra, los hombres de buena voluntad que querían consolidar la paz en un nuevo orden político, económico y monetario mundial.

El mundo va a cambiar. No puede ser de otra forma. La conciencia universal exige ese cambio.
¿Pero va a cambiar porque sabremos de forma mancomunada hacer gala de sabiduría, inteligencia, valor para

imaginarlo y construirlo mejor de lo que era ayer?
¿O vamos a esperar que ese cambio nos lo impongan nuevas crisis que quizás no conseguiremos controlar?

Ya hemos esperado demasiado.
Esperado demasiado para corregir los excesos del ámbito financiero, que ya sabemos ahora a que desastres pueden llevarnos.
Esperado demasiado para regularizar la mundialización.
Esperado demasiado para luchar contra el calentamiento de la Tierra.
Esperado demasiado para frenar la proliferación nuclear. Y quiero decir a los dirigentes iraníes que al apostar por la pasividad de la comunidad internacional para continuar su programa nuclear militar, estarían cometiendo un trágico error
Esperado demasiado para luchar con vehemencia contra las injusticias, la miseria, la indigencia que sumen a una parte de la humanidad en la desdicha y la desesperación, que nutren el odio y la violencia
Esperado demasiado para restablecer la paz en Oriente Medio dando al pueblo palestino ese Estado que se le debe en nombre del Derecho y de la Justicia y garantizando al pueblo de Israel ese derecho a vivir en seguridad que las tragedias de la historia han hecho tan necesario

La crisis nos obliga a hacer gala de imaginación y audacia.

En la política, la economía, el medio ambiente, se nos impone el imperativo de una nueva gobernanza mundial. Los países más desarrollados no pueden pretender gobernar solos la humanidad. No se puede dejar al margen continentes enteros, miles de millones de personas que aspiran, en adelante, a asumir sus responsabilidades en el panorama mundial. Ante la crisis, el G8, lo sabemos todos, no habría tenido la fuerza, la autoridad, la legitimidad demostradas por el G20.

Sabemos lo que nos queda por hacer:

Ampliar el círculo de miembros permanentes y no permanentes del Consejo de Seguridad. Es inaceptable que el continente africano no cuente con un miembro permanente en el Consejo de Seguridad o que el continente latinoamericano, con la gran potencia que representa Brasil, o la India, con sus mil millones de habitantes, o que Japón o Alemania, estén excluidos. Así pues, pongámonos de acuerdo antes de que finalice el año por lo menos en lo que respecta a una reforma provisional. Se trata de la legitimidad de la ONU, su capacidad para actuar en un momento en el que el mundo tanto necesita que la Comunidad Internacional al completo se movilice para superar desafíos sin parangón

Reformar el FMI y el Banco Mundial. Es una necesidad. En ellos, se debe repartir de una forma más equitativa los derechos de voto entre los países. Se debe definir sus misiones nuevamente. Limitarlos al papel de guardianes de una ortodoxia que la crisis ha sacudido tan violentamente sería un error. Su papel debe ser el de velar por los grandes equilibrios económicos, monetarios, sociales del planeta. Es menester dotarles de los medios para ello.

Reorganizar el sistema monetario internacional es una ingente tarea ante nosotros, puesto que no puede existir un sistema uni-monetario en un mundo convertido política y económicamente en multipolar

Ir hasta el final de la reforma del capitalismo financiero emprendida por el G20, no tenemos el derecho a renunciar a este objetivo. Porque un sistema en el que no se paga el verdadero precio del riesgo y el verdadero precio de la singularidad es un sistema suicida.

Acabar con los paraísos fiscales, por completo. Porque es ahí donde se oculta el dinero de la especulación y el dinero del fraude.

Limitar las fluctuaciones de las cotizaciones de materias primas sometidas a una especulación excesiva, comenzando con el petróleo, es una obligación. Porque los costos económicos, sociales, humanos de esta inestabilidad son insostenibles.

En Copenhague, asumir compromisos sobre objetivos cuantificados en lo que respecta a las emisiones de gases de

efecto invernadero. Un compromiso que no podemos postergar aun más.
Crear una organización Mundial del Medio Ambiente en vez de decenas de comités, secretarías e instituciones actualmente dispersos, es deber si queremos que las decisiones tomadas sean realmente aplicadas.
Reconocer la legitimidad del principio del impuesto sobre el carbono en las fronteras, es el requisito para que nadie pueda beneficiarse de un dumping medioambiental.

No dejar que el derecho del comercio imponga su ley. Creo en el libre comercio pero existen organizaciones especializadas de la ONU que promulgan normas fundamentales: la Organización Mundial de la Salud, la Organización Internacional del Trabajo, y en el futuro la Organización Mundial del Medio Ambiente. Esas normas deben aplicarse. Entre el derecho internacional del comercio, y el de la salud, del trabajo, del medio ambiente, es menester organizar un sistema de cuestiones prejudiciales que otorgará a todas las normas la misma fuerza.

Pero no podemos pedir a los países en desarrollo que están tan regazados y a los más pobres, quienes deben hacer frente a tantas dificultades, que respeten esas normas sin ayudarles en sus esfuerzos. Pertenecemos a la misma humanidad, vivimos todos en el mismo planeta. A todos nos afecta el calentamiento de la Tierra, la injusticia, el hambre en el mundo, la enfermedad...

Entonces sí, debemos ser capaces de compartir nuestras tecnologías. Entonces sí, debemos encontrar nuevas fuentes para la ayuda al desarrollo, para acelerar el progreso social, para superar de forma mancomunada el desafío ecológico, si es necesario, no dudo en decirlo, gravando las ganancias excesivas de la especulación y las rentas.

Cambiar la forma en que medimos nuestros resultados económicos y sociales, no es menos importante, menos apremiante. Es la condición para que cambiemos nuestro comportamiento. Quisiera hacer un llamado a todos los Estados, a todas las organizaciones internacionales para que las recomendaciones de la comisión presidida por Joseph Stiglitz sean aplicadas en todas partes lo más rápidamente posible a fin de que no repitamos los errores de consideración del pasado.

La tarea es colosal, no hace más que empezar. Razón de más para ir rápido y lo más lejos posible. No nos queda tiempo. Cada uno de nosotros debe ser consciente de lo que pasaría si tuviésemos que volver a nuestros países y explicar a nuestros conciudadanos que somos incapaces de entendernos para solucionar problemas tan graves.
Pero en Pittsburgh y en Copenhague, lo digo solemnemente, nada sería peor que un compromiso mediocre. La opinión mundial y las circunstancias exigen que solucionemos verdaderamente los problemas y no que aparentemos hacerlo.

Señoras y señores,
Los riesgos de crisis más graves no están a nuestras espaldas, sino delante de nosotros. Nos encontramos en uno de esos momentos de la historia en los que las decisiones políticas comprometen profundamente el futuro y por mucho tiempo. No tenemos elección, debemos correr riesgos actuando, porque el mayor riesgo en la actualidad sería el de no hacer nada, el de dejarnos llevar por la fuerza de nuestros hábitos, de tomarnos nuestros tiempo.
Tiempo, ya no nos queda...